

## VIOLENCIA ENTRE IGUALES

Me llamo Ámał.

Leí en alguna parte que uno siempre espera ser lo que la manada quiere que sea. No lo entendí. A mi no me importaba ser diferente, de algún modo siempre lo había sido y así lo aceptaba con mero estoicismo. Lo que nunca imaginé era que esto podría convertirme en el blanco de los ataques de alguien. Nunca imaginé que ser diferente sería tan complicado, tan doloroso, tan desolador para cualquiera.

Yo nunca había sido una persona a la que se podía intimidar con facilidad, era algo reservada para algunos, demasiado para otros, pero sabía defenderme.

El hecho de ser hija de inmigrantes suponía pertenecer a una minoría étnica y estar sometida constantemente a situaciones complicadas que, queriendo o sin querer, me obligaron a madurar rápidamente o bien a entender mejor la sociedad en la que me había tocado vivir.

Desde muy temprana edad ya era muy consciente de las diferencias entre mis compañeros y yo, aunque no encontraba la explicación del por qué de estas diferencias.

Eran muy frecuentes las preguntas sobre mi origen o bien se sorprendían de que fuera capaz de hablar un perfecto castellano sin matices ni acentos extranjeros.

Pero yo era tan solo una niña, una niña consciente de todo aquello.

Había comprendido que no existía raza en el corazón ni en la piel, que puedes odiar las raíces de un árbol y no odiarle a él, pues no deja de ser un simple árbol que también daría frutos. Lo mismo ocurría con las personas, no podías odiarlas, ya que ellas también darían sus frutos y ofrecerían algo nuevo a la sociedad.

Todo empezó el primer año de secundaria, estaba aterrorizada por mi nuevo instituto; no sabía lo que estaba por venir.

El instituto siempre me había parecido un edificio oscuro, inseguro y tenebroso donde la pubertad se expandía como si se tratase de un virus infeccioso que revolucionaba a todo aquel que tuviera contacto con él. Pero no tenía otro remedio ni ninguna otra opción que de meterme de lleno en aquel nuevo mundo.

Todavía recuerdo mi primer día, cogí el autobús para entonces aún vacío, pues mis padres se iban muy temprano a trabajar y no podían acompañarme ni tan siquiera el que sería mi primer día de clase de secundaria.

Subí y pagué al conductor que, cansado y con cara de sueño a pesar de la amarga peste de café que desprendía, me indicó que me sentara donde quisiese.

En la siguiente parada, subió un grupo de adolescentes con mochilas por lo que supuse que también se dirigían al instituto. Pensé en hablarles, debía hacer amigos o estaría sola todo el día; ellos, en cambio, se conocían de toda la vida y no parecían para nada preocupados cómo me sentía yo.

Más tarde, en la siguiente parada, entró un chico también con mochila, era alto y fuerte, no parecía tener mi edad y me doblaba en cuanto a tamaño; pronto sabría que compartiría la mayor parte de mis clases con él.

Se dirigió donde se habían sentado el grupo de adolescentes. Me miró, le miré y le sonreí, una sonrisa amiga: estaba sola, no tenía nada que perder y sabía que debía sociabilizarme un poco, aunque me costara. Pero, con sus ojos fríos y vacíos, no reaccionó a mi intento de amabilidad, simplemente me dijo que me fuera a mi país, que no tenía nada que hacer aquí.

Me sorprendió su respuesta; no era la reacción que esperaba y no sabía cómo responder. Ellos no veían ni querían comprender que yo era de su mismo país que ellos, o eso marcaba mi DNI, aunque mis rasgos fueran diferentes. En el interior deseaban echarme pero, ¿a dónde? Si yo no era de ese mismo país que me había visto nacer, por el amor de Dios, ¿de dónde era yo?

Esta era una redundante cuestión que me irritaba, quería contestarla pero nunca encontraba respuesta.

Traté de ignorarle pues no había sido la primera vez que me había visto en situaciones similares. Sabía que en aquel momento lo mejor era dejar paso al silencio para mitigar la situación.

No me di cuenta de que callar podría empeorar la situación. Unos días más tarde, golpearía mis gafas con una sarcástica sonrisa llena de odio y rechazo.

Nunca antes nadie me había mirado con tanto desprecio como él lo hacía.

Me golpeó sin decir nada pero tampoco hacía falta, el mensaje me había llegado. Ese chico me odiaba sin tan siquiera conocerme.

A partir de ese momento la soledad y el desprecio me invadieron, era atacada constantemente por mis compañeros con comentarios xenófobos y racistas. ¿Qué demonios había hecho yo para ser tan diferente a ellos? ¿Acaso merecía todo aquello por el simple hecho de serlo?

Un día, a la hora del recreo, cuando me dirigía a mi rincón de siempre tratando de pasar desapercibida del mundo que me rodeaba, uno de los chicos, cuya cara pude reconocer ya que compartía clase conmigo, me empujó contra la cochombrosa caseta de madera en la

que el jardinero guardaba sus herramientas haciéndola temblar con un ruido seco. Aquello me desconcertó. Estaba segura de que se había abierto una grieta en la pared del golpe pero no podía girarme para verlo pues me tenía sujeta del cuello con sus manos.

Rápidamente se formó un gran círculo de personas pero por desgracia lo único que reclamaban era que la pelea fuese mayor. Y la hubo. Lo único que ocurrió fue que yo no pude hacer nada. Pero a nadie parecía importarle. Aquella violencia les generaba una subida de adrenalina que les deshumanizaba ante la realidad de la situación.

Ellos se sentían superiores y yo les tenía miedo. ¡Tenía todo el cuerpo tatuado de moretones y marcas por todo mi cuerpo!

Los ataques se volvieron una rutina. Acudir a clase se me estaba haciendo un verdadero suplicio pero no podía decírselo a nadie pues temía que fuera a peor, si es que la situación podía empeorar.

Y si en alguna ocasión dudé si ello podría ir a peor, aquel día mis dudas se disiparon.

Era invierno, las clases se habían acabado y yo ya me iba a mi casa, el único lugar en el que podía protegerme de aquella constante tortura.

Pero me estaban esperando dos calles más abajo.

Era el chico del autobús, estaba solo, esperándome.

Ya no tenía escapatoria por lo que traté de seguir mi camino como si no pasara nada, ignorándole y rezando para que me dejara en paz. Pero él, rápidamente me cogió de un brazo y bruscamente me arrastró hasta un callejón oscuro, aislado, allí nadie podría vernos ni oírnos por mucho que yo gritara.

Tras empujarme detrás de unos contenedores de basura, junto con las ratas que huían despavoridas de la presencia humana, empezó a pegarme fuertes patadas en el abdomen y en el resto del cuerpo.

No gasté fuerzas en defenderme ya que, sabía que no tendría otra escapatoria por lo que decidí mantenerme en silencio y dejarle que me pegara hasta que se cansara y me dejase en paz.

Me dolían tanto sus golpes que pronto dejé de sentir nada, no podía respirar y él, mientras tanto, seguía dándome patadas.

Esta vez, él estaba solo pero su furia y la saña con la que estaba actuando eran comparables con la de cientos de personas cuyo único propósito era destrozar lo que me quedaba del vivo cuerpo.

Tenía un bate de madera, no sabía de dónde lo había sacado, simplemente apareció de repente en sus manos y empezó a pegarme con él en la cara.

Aquel bate de béisbol sabía extrañamente a hierro cosa que me extrañó mucho hasta que se me ocurrió que aquello que sentía era mi propia sangre derramada por los golpes. Tenía la lengua hinchada, la nariz rota a pedazos y mis ojos vendados de sangre.

Por aquel momento ya me había desmayado; el chico del autobús se asustó por lo que escapó dejándome abandonada en el suelo. No sería la primera vez.

Pasaron las horas y, mi piel cada vez más amoratada, a duras penas se sostenía; tenía el alma torturada por los suelos y mi cuerpo carecía de vida.

Hacía tiempo que había dejado de comer y sabía que aquello no era bueno. Pero no podía hacer nada para remediarlo.

Se trataba de un permanente martirio.

Y es que no es posible imaginar lo que duele salir a la calle y que te miren, que hagan como que no existes, que te peguen sin motivo alguno, que los demás lo ignoren, que se rían cuando crean que no les estás viendo, que no entiendas el por qué de sus insultos; que al volver a casa el dolor se mantenga porque sus palabras se quedan grabadas en la mente cuando ellos se van y eso, quieras o no, eso duele.

Mi madre siempre decía que la vida nunca era fácil, pero para mi estaba siendo demasiado complicada y muchas eran las veces en las que dudaba si debería seguir en ella.

Pero finalmente tomé una decisión, el ser diferente a todo el mundo me producía tal angustia que era demasiado complicado como para seguir adelante, ya no quería seguir haciendo el esfuerzo, había aguantado demasiado, el cuerpo entero me dolía tanto que apenas me podía poner de pie.

Ya no podría hacer nada.

Mis labios hinchados enrojecían hasta explotar de dolor.

Recordé mi anterior vida ¿dónde estaba la alegre y feliz Ámal? Ya no estaba, había desaparecido a base de golpes.

Me sentía indefensa.

Mi nombre significa en árabe 'esperanza' pero yo la había perdido; por lo que al llegar a casa fui directamente al baño y tomé algunas píldoras que había encontrado en el botiquín con el objetivo de calmar el dolor.

Recuerdo llorar y gritar, estaba respirando tan fuerte que sentía mi corazón tratando salir de mi pecho. ¡Ya no era Ámal! Ella se había ido y no pensaba regresar nunca más.

Los efectos de aquellas píldoras liberaba el dolor pero por un período de tiempo demasiado corto.

Estaba llorando, hacía tiempo que no lloraba y que no extraía todo aquello que había ido acumulando hasta entonces.

Las lágrimas eran ácidas y me quemaban la cara haciéndome detonar los nervios en un agudo grito con una voz que agonizaba, una voz que sufría de dolor sin saber el por qué de su procedencia.

Lloraba tanto que sentí como se me acababa el aire que respiraba, el corazón se aceleraba apresurado por bombear más sangre haciendo enrojecer mi pecho y mi cara hasta estallar de agonía, pero no reaccioné en busca de ayuda pues ya no la necesitaba.

Me iba, pero iba en busca de la feliz Ámal que se había ido tiempo atrás. Me iba porque yo lo quería, porque ya había sufrido demasiado en silencio como para aguantar más tiempo y porque mis huesos rotos de tristeza se iban debilitando hasta romperse en pedazos de cristal helado que desgarraban mi piel rota y mis músculos desangrados.

El tiempo pasaba y la espera se me estaba haciendo muy lenta por lo que me arrastré como pude hasta la cocina, así podría acelerar el proceso.

Abrí el primer cajón, el cajón de los cuchillos grandes. Por fin mi impaciencia se veía satisfecha.

Cerré los ojos para atisbar, sin que nada de aquello que ya no me interesaba me distrajera, un camino poco iluminado.

Y, casi sin darme cuenta, los recuerdos en forma de imágenes, descoloridas por el paso del tiempo, se apoderaron de mis sueños aún despiertos.

Sentí como una lágrima resbalaba por la mejilla inflamada y dejaba un regusto salado en la comisura de mis labios.

A pesar de ello, estaba tranquila.

Sentía que si aquello era un sueño, al cabo de poco despertaría.

De no serlo, todo aquello habría acabado, por fin.

Así que metí la mano en aquel cajón, cogí uno y puse fin a mi calvario.

---

P.D.: Todo esto que sufrí yo se conoce como acoso escolar o Bullying. Un empujón que se repite. Un apodo que denigra. Un insulto cada vez que pasas a su lado. Hay niños y adolescentes que, al igual que yo, por distintas razones, sufren maltrato físico o psicológico por parte de otros niños y adolescentes a través de actitudes como la represión, la discriminación, la homofobia, la violencia sexual o el castigo corporal.

En la escuela o en el instituto, existen muchas formas de ejercer y sufrir **violencia entre iguales** y muchas formas de tratar de acabar con ella.

Es una responsabilidad conjunta de la comunidad educativa, los padres y los compañeros evitar que el acoso escolar siga existiendo.

FÁTIMA TAHIRI TAHIRI

DNI 20925610A

1º BACHILLERATO

IES ALFRED AYZA PEÑISCOLA (CASTELLÓN)

12005520@gva.es

GENERALitat Valenciana  
CONSELL VALÈNCIA DE CULTURA

Data: 20 ABR. 2018

Núm. 279	Núm.
ENTRADA	EXIDA

3/4